

# DIABLOS DE

# LA COFRADIA

Juan Carlos Calderón\*

*«Después hubo una batalla en el cielo, en la cual el arcángel Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. El dragón y sus ángeles pelearon, pero no pudieron ganar la batalla; y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Así que fue echado el dragón, aquella serpiente antigua que se llamaba diablo y Satanás, el que engaña a todo el mundo. El y sus ángeles fueron lanzados a la tierra...»*

Apocalipsis, 12:7-9

En el pasado «Festival Internacional de las Artes 92» realizado en nuestro país, casi se comete la atrocidad de impedir la representación boliviana de «La Diablada de Oruro», alegando que «se ofendería la moral universal, la moral pública costarricense y los sentimientos religiosos de la ciudadanía». Quienes así procedieron mostraron un desconocimiento absoluto de los orígenes y la función social que cumplieron y que aún cumplen en toda América Latina estas manifestaciones espectaculares, en donde las fuerzas del bien siempre triunfan sobre las fuerzas del mal.

Podríamos encontrar una estrecha relación (al menos en sus orígenes) entre la «Diablada de Oruro» y las «Mascaradas» o «Mantudos» costarricenses y que el Lic. Tossatti ha denominado como:

*«...la principal actividad espectacular de la tradición popular de la Meseta Central... Por el proceso de población en el Valle Central, podemos deducir que fueron fruto del sincretismo entre las etnias indígenas, europea y africana...»*

(Tossatti: 20-21).

La aparición de las mascaradas o diabladas se remonta a la tradición cristiana del Corpus Christi, instituida por el Papa Urbano IV en 1264<sup>1</sup>, celebración que fue traída a América Latina en la segunda mitad del siglo XVII, por Real Cédula:

\* Licenciado en Artes Dramáticas

«En esta disposición se especificaba que los festejos debían incluir representaciones, desfile de dragones, diablillos y gigantes a la usanza de la metrópoli...»

(Liscano: 24)

El tema central de estas diabladas con sus múltiples variantes regionales (en unas, farsas dialogadas, en otras representaciones pantomímicas y/o danzas dramatizadas), fue siempre el triunfo de las fuerzas del bien:

«...diálogos entre el Arcángel San Miguel y el Diablo Mayor, saliendo victorioso del enfrentamiento San Miguel; incluyen otros personajes como el alma, los pecados capitales, diablos, etc. ...»

(Bonilla: 34)

En una petición que le hace el cura de Cartago don Baltasar de Grado al Gobernador General don Gregorio Sandoval en el año de 1638, para que los indios no dejen de concurrir a

la fiesta cristiana del Corpus con sus cruces, pendones y danzas, se puede leer:

«...por costumbre antigua desde que esta tierra se conquistó, que ha más de setenta años, han acudido a la celebración de la fiesta del santísimo sacramento y día del Corpus Christi, todos los indios de esta comarca, con sus cruces y andas, con los santos de las advocaciones de las iglesias de sus pueblos (...) este presente año no hubo el tercio de la gente que solía, apenas se pudo hacer una danza de cuatro indios, y en las calles no se puso un arco, acostumbrándose de entoldar todas las calles de arcos antiguamente...»

(de Grado Baltasar: 278-280).

De lo anterior se concluye que en Cartago antes de la disposición papal ya se daba un interesante sincretismo entre las etnias indígenas con sus vestimentas y danzas y la española con su tradición cristiana.



De estas mascaradas o «mojigangas»<sup>2</sup> como también se conocieron en la colonia, encontramos las siguientes referencias. Una correspondiente al año de 1745 con motivo de la celebración de la boda de la infanta María Teresa y que dice:

«...a los quatro Nominados días, se seguirán cinco días más, que en todos ellos se executaran en la plaza pública de estas distintas quadrillas, varias escaramuzas, con variedad de ydeas y juego de sortija finalizando el último día en la noche con una Mascara...»

(Gemmir y Lleonar: 229).

La otra cita corresponde al año de 1809 con motivo de las fiestas reales:

...«Empezaronse las diversiones de esta tarde (16 de enero) pr. las mazcaras y mogigantas que se presentaron en la plaza...»

(Actas del Cabildo de Cartago 1800-1810)

La aparición de la Imagen de La Virgen de los Angeles en 1635 en la reducción esclavista de La Puebla de los Pardos y la consolidación de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles (1652-53)<sup>3</sup>, no sólo vinieron a enriquecer estas manifestaciones espectaculares durante todo el mes de agosto, sino que también se integrarían a éstas los negros bantúes, un grupo étnico que le dio un carácter religioso-profano a estas festividades que incluían además de las mascaradas: corridas de toros, fuegos artificiales, guerrillas, carreras de cinta, ventas de bebidas y comidas, entre otras.

En un principio la Cofradía estaba compuesta por negros, indios, españoles, mulatos y pardos, pero poco a poco los españoles fueron abandonando la Cofradía, en parte porque creían que los negros y los pardos no representaban ningún peligro de rebelión y en parte porque la cofradía en sus inicios era muy pobre.

Libres ya de la vigilancia española, los pardos y los negros lograron no sólo establecer su «santa hermandad», sino que también establecieron para el año de 1676 su propio Cabildo, compuesto por tres regidores, un alcalde y dos alguaciles:

«...en toda América Latina donde los negros se reunieron en «Cabildos» para comprar su libertad y celebrar fiestas con finalidades cristianas aparentes y fetichistas ocul-tas (...) En ellas aparecían los diablos danzantes (...) acostumbrados a salir en las fiestas del Corpus».

(Vivo: 364).

Los españoles vuelven a mostrar interés en la Cofradía y en 1725 el Gobernador de la Provincia, don Diego de la Haya Fernández, fue elegido Mayordomo hasta el año de 1728:

«...la Cofradía aumentaba en hermanos y también en bienes. Por ella se interezaban por igual pardos y blancos. Tuvo hatos de ganado muy pingues, ingresos cuantiosos y toda clase de medios para ornamentar la iglesia y para atender a los peregrinos...» (sic)

(Sanabria: 213)

Como Mayordomo de la Cofradía don Diego de la Haya ordenó entre 1718 y 1725:

«...ocho días de fiesta dedicados a la patrona de Cartago: cuatro de festejos religiosos (...) y los restantes cuatro con toros, disfraces y otros recogijos para el pueblo...»

(Borge: 76)

En el año de 1782, cuando el Obispo Tristán prohíbe, por escandalosas y lujuriosas, las fiestas que se realizaban en honor a La Virgen, da origen a lo que se conoce, aún hoy, con el nombre de «La Pasada», y que se lleva a cabo durante el mes de agosto; esto es: el traslado de la imagen del templo de los Angeles a la Parroquia del Carmen. Es ahí cuando las mascaradas afirman su carácter ambulatorio y, conjuntamente con la imagen y la cimarrona, meten bulla y algarabía en la procesión.

Sin embargo, no es hasta la segunda mitad del siglo XIX en que los mantudos alcanzan su mayor esplendor, a pesar de que las cofradías habían perdido su poder religioso y económico<sup>4</sup>.

En 1824 no solamente se declara a la Virgen de Los Angeles, Patrona Nacional de Costa Rica, sino que también la esclavitud fue abolida de Centro América, y se liberan oficialmente en Cartago a 65 esclavos y se estimulan con ello el mestizaje. Es, en esta época, cuando los vecinos de La Puebla de los Pardos enriquecen las mascaradas elaborando algunas comedias entre los personajes:

*«En esos torneos de alegría, lucían su ingenio, Lito Valerín, Cecilio Morales y algunos otros, formando coros de disfraces vestidos de hombres y de mujeres, que efectuaban bellísimos bailes de puro origen español: Josecito Salazar, con otros disfraces de lujo, bailaba las cuadrillas, el cancán, magistralmente; Cecilio inventaba comedias jocosas que representaba con su compañía de mantudos, al aire libre;...»*

(Ortega: 97-98)

En una crónica de El Renacimiento de setiembre de 1918, titulada «La Puebla de Cartago y su gente» por el cronista Santana Santos se advierte que:

*«No ha habido en Costa Rica una gente de más voluntad ni de mejor gusto para arreglarse una divertida mascarada ni una jocosos mojjanga, como los pueblanos de Cartago. Muchas circunstancias contribuían a dar realce a aquellas curiosas diversiones (...) la unidad que ha caracterizado a los vecinos de Los Angeles, su temperamento alegre en su mayor parte, su laboriosidad tradicional (...) Era cosa de verse la gracia de aquellas gentes (...). Danzas de negros, de galanes, como los llamaban; pantomimas ambulantes, todo dirigido por los negros Valerín, la tapa para organizar un paseo (...). Sorteadores, disfraces, oradores ocurrentísimos y divertidos, coches y carretones al modo de cajas de música con media docena de negros adentro...»*

(Santos: 4)

Mario Jiménez enfatiza la inspiración colonial de estas mascaradas y a sus protagonistas

*«...Eran estos una cuadrilla de individuos de humilde condición que se alquilaban profesionalmente para recorrer las calles caracterizando figuras tradicionales y siempre las mismas: el diablo, a veces acompañado de la señora diabla... El viejo de la Vejiga, La muerte (...) unos cuantos cabezones... (el) ...matrimonio de gigantes. Marchaban y danzaban los disfraces entre la algarabía de cohetes y la música de pasos dobles (...) esas cuadrillas eran de origen o de inspiración muy colonial, el Diablo y la Muerte recordaban un tema del medioevo. Los cabezones y gigantes, a Aragón...»*

(Jiménez Quesada: 241-242)

Muchos eran los habitantes de La Puebla encargados de organizar esta festividad, destacándose los hermanos Valerín: Chico y sobre todo Lito, quien le heredó a su hijo Jesús Valerín la herencia de los disfraces.

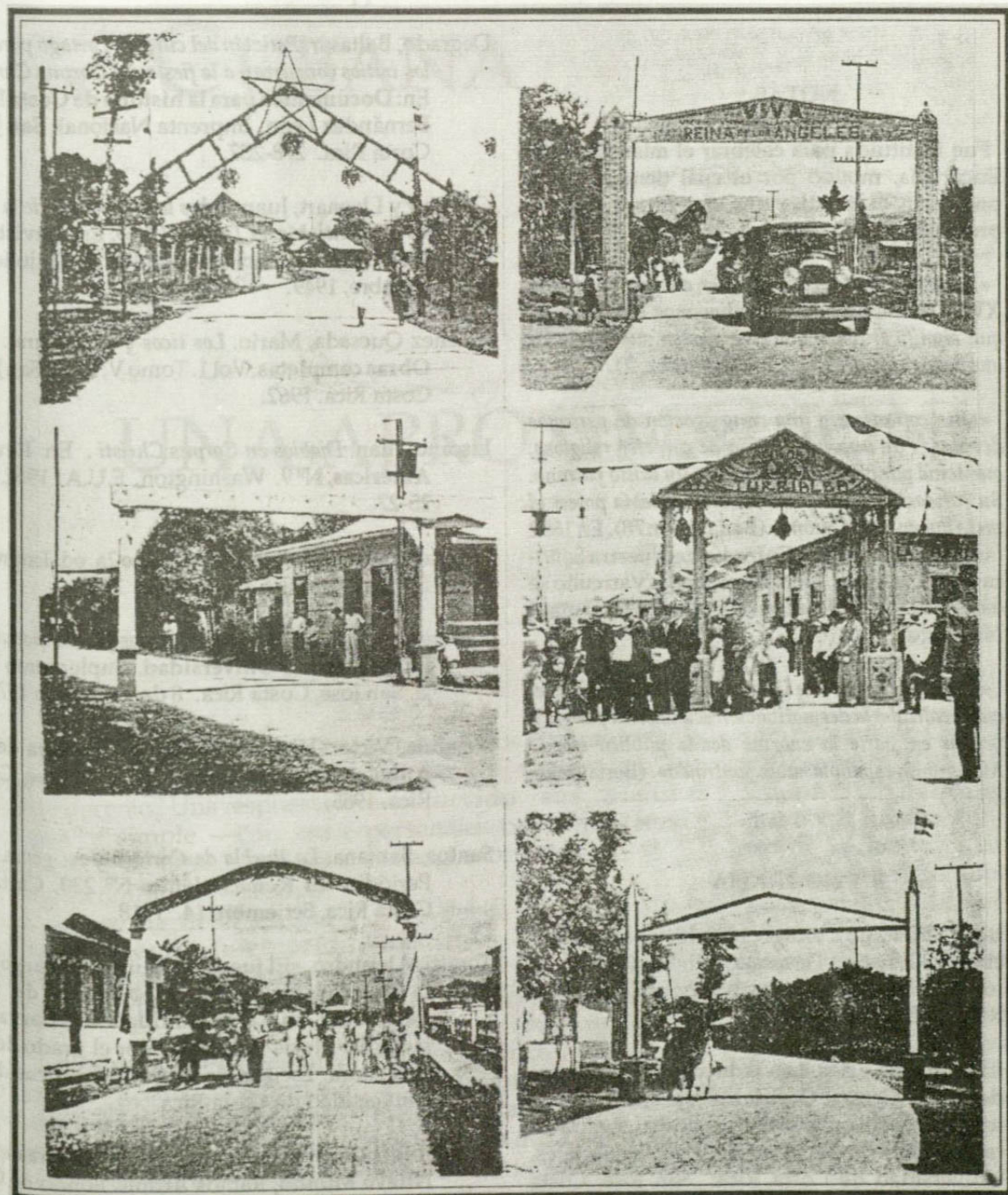
En manos de don Jesús, el repertorio de personajes crece considerablemente a principios de este siglo en Cartago, gracias a su ingenio y posiblemente gracias a unos manuales de procedimientos básicos de construcción de vestuarios, lentes, instrumentos musicales, sombreros etc., que llegaron a su poder y que fueron editados en Francia y Alemania en 1862.

Los manuales pudieron mejorar las técnicas de construcción de las máscaras a las que se añadieron personajes de la tradición popular costarricense como: «El padre sin cabeza», «La seña», «La llorona», «El pollo de las ánimas», etc.

Al morir don Jesús (1946 ó 1948), don Avelino Martínez Solano (rotulista y ebanista oriundo de San Rafael de Oreamuno, quien poseía su propio grupo de mantudos, copia imperfecta de los de don Jesús, compró los disfraces elaborados por éste, dañados por la inundación del río Reventado en el año de 1951 y además adquirió los manuales.

Don Avelino y don Oscar Guevara se encargaron de mantener la tradición mantuda en Cartago hasta el año de 1976, año en el que el ballet folclórico de Nago de Nicoya, que luego pasó a ser el «Primer ballet folclórico de Costa Rica», para después conformarse como la «Fundación Curime», le compró a don Avelino los disfraces y los catálogos, actualmente en poder de don Alexis Ramírez.

Profundizar en los organizadores, los personajes, la música, el juego de pólvora, la fibra sadista y canalizadora de violencia de esta legendaria tradición popular que nació en La Puebla de los Pardos y que se extendió al resto del Valle Central (Barva, Escazú, etc.), sería una tarea extensa que el breve espacio de una revista no nos permitiría abarcar.



Arcos levantados en la carretera a la entrada de Cartago y en algunas de sus calles con motivo del gran día 2 de agosto de 1935.

No sólo porque tenemos mucho en común con la «Diablada de Oruro» hay que respetar dicha manifestación espectacular, sino porque representa la forma de ver una parte del mundo de todo un pueblo y eso es solo suficiente para respetarla. Sería muy doloroso que en cualquier parte del mundo se censurara o suprimiera un espectáculo folclórico costarricense por considerar que atenta contra la moral universal.

## NOTAS

- (1) Fue instituida para celebrar el misterio de la Eucaristía, motivo por el cual tiene lugar la procesión eucarística que quiere ser pública profesión de fe.
- (2) «... los mantudos corresponden a lo que en el siglo XVII era llamado como mojinganga o boxiganga, que significa: fiesta a la que asisten sus invitados ataviados ridículamente...» (Ramírez: 2).
- (3) «Una cofradía era una congregación de personas devotas. Fue una institución de carácter religioso, que tenía por objeto rendir culto a un santo patrono. Su fundación debía protocolizarse y debía poseer el visto bueno de la Corona» (Benavides: 78). En 1652 las ordenanzas de la Cofradía de Nuestra Señora de los Angeles, fueron aprobadas y su culto se extendió por todo el país, incluso a Panamá y Nicaragua.
- (4) «Debido al decreto de Carlos IV (1798) mediante el cual realizaba la desmotivación eclesiástica para solventar en parte la enorme deuda pública que la Monarquía española había contraído». (Benavides: 86-87)

## BIBLIOGRAFIA

- Actas del Cabildo de Cartago 1800-1810. Proclamación del Rey don Fernando VII. En: *Revista de los Archivos Nacionales*. Nº 12. San José, Costa Rica. 1951. pp. 311-349.
- Benavides Mora, Carlos. *Las reducciones indígenas del Valle Central Occidental durante la Colonia*. Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Historia. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Costa Rica: San José, Costa Rica. 1978.

Bonilla, María y Vladich S. *El Teatro Latinoamericano: génesis de su fisonomía*. En: *El Teatro Latinoamericano en busca de su identidad: BONILLA Y VLADICH*. San José, Costa Rica. Cultur Art. 1988. pp. 19-40.

Borge, Carlos. *Tricentenario de nuestra señora de Los Angeles: Patrona oficial de Costa Rica 1635-1935*. Imprenta Lehman: San José, Costa Rica. 1941. pp. 17-173.

Degrado, Baltasar. *Petición del cura de Cartago para que los indios concurran a la fiesta del Corpus Christi*. En: *Documentos para la historia de Costa Rica*, Fernández León. Imprenta Nacional. San José, Costa Rica. 278-287.

Gemmir y Lleonart, Juan. *Sobre la celebración de la boda de la infanta María Teresa (1745)*. En: *Revista de los Archivos Nacionales*. Nos. 7-12, julio-diciembre, 1949.

Jiménez Quesada, Mario. *Los ticos y la máscara*. En: *Obras completas*. Vol 1. Tomo V. ECR. San José, Costa Rica. 1962.

Liscano, Juan. *Diablos en Corpus Christi*. En: *Revista Américas*, Nº 9. Washington, E.U.A. 1952. pp. 25-27

Ortega, Ernesto. *Cuentos del terruño* 2a. ed. Imprenta Borrás: Cartago, Costa Rica. 1946.

Ramírez, Alexis. *Los mantudos en las fiestas populares*. En: *Semanario Universidad*. Suplemento Forja. San José, Costa Rica. 8 de agosto de 1977.

Sanabria, Víctor. *Historia de Nuestra Señora de los Angeles*. Editorial Costa Rica: San José, Costa Rica. 1985.

Santos, Santana. *La Puebla de Cartago y su gente*. En: Periódico *El Renacimiento*. Nº 239, Cartago, Costa Rica. Setiembre 14. 1918.

Tosatti, Alejandro. «El juego de Guijen. El juego de la Mascarada en la celebración de San Bartolomé en la comunidad de Barva de Heredia». Tesis para optar por el grado de Licenciatura, Escuela de Artes Dramáticas de la Universidad de Costa Rica.

Vivo, Jorge. *Glosario de voces*. En: *Las culturas en el Nuevo Mundo*, Ramos Arthur. Fondo de Cultura Económica: México, D.F. 1943. pp. 362-386.